

## PARAÍSO TERRENAL.

**E**l Señor, dice el Génesis, había plantado desde el principio un jardín de delicias, y en él había colocado al hombre que había formado. (II. 8). Y el Señor hizo salir de la tierra una multitud de árboles hermosos á la vista, cuyos frutos eran sabrosos al paladar. En medio del jardín estaban el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (Ibid. II. 9). En aquel lugar de delicias corría un río que regaba el jardín, y se dividía en cuatro canales. (Ibid. II. 10).

San Agustín y S. Ambrosio dicen que alegóricamente el Paraíso terrenal es la Iglesia; que los cuatro ríos son los cuatro Evangelios; los árboles frutales son los Santos; los frutos las obras de los Santos; el árbol de vida Jesucristo, Santo de los Santos; y el árbol de la ciencia del bien y del mal, el libre albedrío. (In Genes.)

En medio del jardín estaba el árbol de vida. (In Genes. II. 9). Es de fe que aquel era un árbol verdadero. Se llama árbol de vida, porque vivificaba, alejaba las enfermedades y la muerte, conservaba las fuerzas y daba la inmortalidad... Adán no probó el fruto de aquel árbol admirable...

En el sentido alegórico, el árbol de vida es Jesucristo, su cruz la Eucaristía...

En el sentido tropológico, el árbol de vida es la bienaventurada Virgen María, de la que nació la Vida... Es también el justo que hace obras santas, principio de la vida de la gracia y de la gloria según las palabras de los Proverbios: *Fructus justi lignum vite*. El fruto del justo es el árbol de la vida. (XI. 30).

Jamás se ha sabido positivamente dónde estaba colocado el Paraíso terrenal. Es probable que haya sido destruido, ó que haya cambiado tanto, que jamás nadie haya podido reconocerlo. Si existe todavía tal como era el día siguiente de la creación, el Señor no ha permitido que el hombre lo encontrase.

San Justino, Tertuliano, S. Epifanio, S. Agustín, S. Juan Damasceno, Sto. Tomás y otros doctores y padres de la Iglesia, dicen que Henoch y Elias habitan en el Paraíso terrenal.

## PASION DE JESUCRISTO.

**D**EBEIS á Jesucristo vuestra vida toda, dice S. Bernardo, porque ha dado su vida por la vuestra, y ha sufrido los más crueles tormentos para preservaros de los tormentos eternos. Así pues, aun cuando le hubiese dado todo lo que soy y todo lo que puedo, comparado con lo que ha hecho por mí, no sería lo que una estrella es para el sol, una gota de agua para un río, una piedra para una montaña. Si me debo todo á él, porque me ha creado, ¿qué le daré por haberme rescatado, y haberme rescatado del modo que lo ha hecho? Porque no he sido reparado tan facilmente como he sido creado: el que me creó en un instante y en una sola palabra, ha pronunciado para repararme muchas palabras, ha obrado incomparables maravillas, y sufrido penosos tratamientos; y no sólo penosos sino indignos. En la primera obra me entregó á mí mismo; en la segunda se me entregó él, y entregándoseme, me ha devuelto á mí mismo. Colocado y vuelto á colocar en posesion de mí mismo, me debo en cambio y me debo dos veces. Pero ¿qué devolveré al Señor por el dón que me hizo de mí mismo? Aun cuando pudiera darlo mil veces, ¿qué soy yo al lado de Dios (1)?

Jesucristo, dice el Apóstol de las gentes, Jesucristo, que se sometió á la maldición por nosotros, nos ha rescatado de la maldición de la ley, como estaba escrito: Maldito el que está colgado del leno: *Christus nos redemit de maledictio legis, factus pro nobis maledictum; quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno*. (Gal. III. 13).

Los ultrajes de Jesucristo son nuestra gloria, dice S. Jerónimo. Murió para darnos la vida, bajó del cielo para hacernos subir. Se hizo locura para hacernos cuerdos, y fué suspendido en el árbol de la cruz para borrar así el pecado que habíamos cometido con el árbol de la ciencia del bien y del mal (2).

Comprendamos, si es posible, cuánta es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Jesucristo y de los dolores que sufrió por nosotros.

¿Cuál es la amplitud de la pasión? Jesucristo sufrió en todos sus miembros, en todas las potencias de su alma, de parte de toda clase de hombres, y

(1) *Christo Jesu debes omnem vitam tuam, quia ipse vitam suam posuit pro tua, et cruciatus amarus sustinuit, ne tu perpetuos sustineres. Cum ergo ei donaveris quiddid sum, quiddid possum, á nonne istud est sicut est stella ad solem, gutta ad Juvium, lapis ad montem? Si totum me debeo pro me facio, quid addam jam pro reflecto, et reflecto hoc modo? Nec enim tam facile reflectus quam factus; nam qui semel et tantum dicendo fecit, in reticendo profecto, et dixit multa, et gessit mira, et perdidit dura; nec tantum dura, sed et indigna. In primo opere, me mihi dedit; in secundo, se; et ubi se dedit, me mihi reddidit. Datus ergo et redditus, me pro me debeo, et his debeo. Quid Deo retribuam pro se? Nam, eliamsi millies me rependere possem, quid sum ego ad Deum? (Serm. de Quadrupl. Debitor.)*

(2) *Domini injuria nostra est gloria. Ille mortuus est, ut nos viveremus; ille descendit, ut nos ascenderemus in Cælum. Ille factus est stultitia, ut nos sapientia fieremus. Ille pendens in ligno, ut peccatum, quod commiseramus in ligno scientiæ, ligno deleret appensus. (In Marcum.)*

Todo lo debemos á Jesucristo.

hasta de los ángeles, y de Dios, su padre, de quien fué como abandonado. Sufríó todo género de tormentos, y fué despojado de todos los bienes de la fortuna, de la reputación, del honor y de la vida.

¿Cuál es la longitud de la pasión? Durante los treinta años de su vida, Jesucristo sintió en su cuerpo, en su alma, en su espíritu y en su corazón los dolores que debían terminar con el suplicio de la cruz: todo lo veía constantemente...

¿Cuál es la altura de la pasión? Durante toda su vida, Jesucristo estuvo cruelmente afligido y atormentado por una clara consideración y un perfecto conocimiento, ya de la grandeza de Dios ofendido y de la gravedad del pecado, ya de los dolores á que debía someterse su sagrada persona y de las penas pasadas, presentes y venideras que sobre él se precipitaban, así como de la multitud de los réprobos para quienes serían inútiles sus sufrimientos...

¿Cuál es la profundidad de la pasión? ¿Quién dirá la intensidad de los dolores y el peso de las ignominias que fueron la dote de Jesús crucificado?...

Jesús vino á este mundo para salvar á los pecadores, de los cuales soy yo el primero, dice S. Pablo á Timoteo: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores saluos facere, quorum primus ego sum.* (I. Cor. I, 15).

Un gran médico vino del Cielo, dice S. Agustin, porque un gran enfermo yacía en la tierra: *Magnus de Caelo venit medicus, quia magnus per totum orbem terra jacebat egrotus.* (In Passione).

Para amarnos de toda la eternidad, Dios no necesitó más que un pensamiento... para crearnos bastó una palabra...; pero para rescatarnos fué menester la encarnación, el aniquilamiento, todas las humillaciones, los dolores y las ignominias, el cuerpo, la sangre; el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y finalmente su muerte en la cruz.

Abismos de amor y de dolores: abismos de ingratitud y de crueldades.

En la pasión se ofrecen por todas partes innumerables abismos que nadie puede medir.

Por parte de Jesucristo, abismo de amor, de dolores, de paciencia, de misericordia, de mansedumbre, océano de bienes...

Por parte de Dios Padre, abismo de justicia...

Por parte del hombre, abismo de miserias, de ceguedad, de ingratitud, de crímenes, furor y de crueldades...

La cruz.

Jesucristo dijo á sus discípulos: Ya sabéis que la Pascua se hará dentro de dos días y que el hijo del hombre ha de ser entregado para ser crucificado. (Math. XXIV. 1-2). Id pues á la ciudad á casa de cierta persona, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa haré la Pascua con mis discípulos. (Id. XXVI. 18).

Consideremos: 1.º Que aquel Dios de amor se entrega la noche de su muerte: *In qua nocte tradebatur...* (I. Cor. XI, 23). 2.º Insta á sus discípulos para que apresuren la Pascua: *Id...* mi tiempo está cercano: *Ita tempus meum prope est...* (Math. XXVI. 18). 3.º Establece el angusto sacramento en nuestros altares, y se entrega á sus discípulos en el mismo momento en que se conspira contra su pérdida, y en que Judas le pone á precio: ¿Qué queréis dar, y yo os lo entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam.* (Math.

XXVI. 15). 4.º Jesucristo ve la traición y el beso de Judas, la fuga de sus discípulos, su agonía, su sudor de sangre, las cadenas, los azotes, los desprecios, las bofetadas; oye como Pedro le niega, oye las burlas, los falsos testimonios, las blasfemias, su condenación á muerte; presiente la corona de espinas, la cruz, los clavos, el abandono de su Padre y el de los hombres. Y elige aquel momento para dejar á su Iglesia el admirable monumento de su eterno amor!... 5.º Establece el sacramento de la Eucaristía para entregarse á los mismos que van á venderle, á renegar de él, á abandonarle y á crucificarle. Nada le detiene; su amor todo lo traspasa... 6.º Los ultrajes, las burlas, los desprecios, las profanaciones, la hipocresía, los sacrilegios, las persecuciones de que este angusto sacramento será objeto hasta fin del mundo están ante sus ojos; y nada le hace desistir.

Queridos discípulos míos, dijo á sus apóstoles, amigos míos, voy á dejaros, voy á morir por vosotros y por la salvación del mundo; pero antes tomad y comed: Esto es mi cuerpo: *Hoc est corpus meum.* (Math. XXVI. 26). Bebed, porque esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados (Math. XXVI. 27-28). En la cruz, aquella sangre os unirá á mi Padre; en la Eucaristía os unirá á mí. ¡He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir! *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam pati!* (Luc. XXII, 15.) Hé aquí mi testamento: Os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comáis en mi mesa, en mi reino, y esteis sentados en tronos para juzgar á las doce tribus de Israel: *Ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibitis super mensam meam in regno meo; et sedentis super thronos judicantes duodecim tribus Israel* (Luc. XXII, 29-30).

¡O infinito amor de un Dios!

Judas estaba presente; se había puesto á la mesa con Jesucristo y los apóstoles, y comulgó sacrilegamente!

Al punto que Judas hubo comulgado, salió. Y era de noche: *Exiit continuo.* Judas vende á Erat autem nox. (Joann. XIII, 30). ¿Dónde va aquel monstruo? Impedido por la avaricia y por el demonio, que se había apoderado de él durante la cena, y sobre todo en el momento de su indigna comunión: *Post buccellam, introiit in eum Satanas.* (Joann. XIII. 27). Va á buscar á los enemigos declarados del Salvador, y les dice: ¿Qué queréis darme, y os lo entregaré? *Quid vultis mihi dare et ego eum vobis tradam?* (Math. XXVI. 15).

Y vosotros pecadores, que por un vil placer, una miserable pasión abandonáis á Jesucristo y lo vendéis al demonio, ¿no imitáis á Judas? ¿no sois también traidores? ¿No decís: Satanás, pasiones, qué queréis darme, y os entregaré mi Dios, os sacrificaré mi salvación, mi corona, mi trono, mi dicha y mi alma? Carne llena de apetitos, dame ese miserable deleite, ese placer común con los animales inmundos; y tú, Satanás, toma á Jesucristo, te lo entrego,

(1) Exiit continuo (Joann. XIII. 30). Egrediebatur igitur Judas; egrediebatur de fide; egrediebatur de concilio et numero Apostolorum; egrediebatur de convivio Christi ad latrocinium diaboli; egrediebatur de gratia sanctificationis ad laqueum mortis; egrediebatur foras, qui viles interius mysteria relinquebat. (In Joann. Evang.)

te lo sacrífico; no lo quiero; tomo por Divinidad mi voluntad, mi carne, la lujuria, la avaricia, la gula, el odio, la pereza: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* Judas salió pues. Salía, dice S. Ambrosio, salía de la fe; salía de la asamblea y de la dignidad de los apóstoles; salía del festín de Cristo para ir á la cueva del demonio; salía de la gracia de la santificación para entregarse en el lazo de la muerte; salía fuera, el que dejaba los misterios de la vida interior (1).

Cuando Judas salió, era de noche, dice el Evangelio: *Erat autem nox.* (Jeann. XIII. 30). Si para Judas era de noche! Acababa de abandonar á aquel á quien había recibido indignamente, al que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; al que es la verdadera luz; y él se hallaba sumergido en las tinieblas del mismo infierno. Por esto no sabía á dónde iba cuando dirigía sus pasos decididas hácia la morada de los príncipes de los sacerdotes para venderles á su Maestro. No veía que cometía el más grande de los crímenes, y que se entregaba á la avaricia, que había de conducirle á la desesperación, al suicidio y al infierno... Era de noche: *Erat autem nox.*

Pero ¿no están todos los pecadores sumergidos también en una profunda noche? ¡Ah! si no les hubiese abandonado la luz, ¡irían riendo á precipitarse en un océano de desgracias para apoderarse de una sombra de satisfacción criminal! Las tinieblas que rodeaban á Judas, rodean también la conciencia de los pecadores endurecidos...

Judas vende á su amo por treinta dineros. Treinta monedas de plata le prometieron los príncipes de los sacerdotes; y desde aquel instante Judas buscaba la ocasión de entregárselo: *At illi constituerunt ei triginta argenteos. Et exinde quaerebat opportunitatem, ut eum traderet.* (Matth. XXVI. 15-16).

¡Oh traidor, exclama S. Ambrosio, valúas en trescientos dineros el perfume que Magdalena derrama sobre Jesucristo en memoria de su pasión, y vendes que Magdalena por treinta dineros! Eres rico y generoso en tu apreciación, y vil en tu crimen: vendas á tu Dios al precio de los esclavos; Jesucristo no quiere que su precio sea más subido, para que todos puedan comprarle, y ningún pobre quede sin poder hacerlo (1).

Vendido por tan módica cantidad, Jesucristo viene á ser el precio de la redención de todos los pecadores y de todo el universo. Judas, por haber vendido al Salvador por treinta dineros, y los judíos por haberlo comprado, son unos y otros heridos por Dios con las treinta maldiciones enumeradas en el Salmo CVIII por el Real Profeta.

Jesucristo en el huerto de los Olivos.

Después de la cena, Jesucristo se dirigió al huerto de Gethseman: 1.º para orar, pues era un lugar solitario...; 2.º para probar que no huía de la muerte, sino que la deseaba; pues aquel sitio era conocido de Judas...; 3.º para dar principio á su pasión...; y 4.º para manifestar su misericordia y su dulzura.

Adán nos perdió en un jardín; y en un jardín ó huerto nos salvará Jesucristo... Adán nos perdió en un jardín de delicias, y en un jardín de dolor

(1) O Jnda, proditor, unguentum passionis ejus trescentis denariis aestimas, et passionem ejus triginta argenteis vendis! Dives in aestimatione, vilis in scelere. Tam vili auctione vult aestimari se Christus, ut ab omnibus ematur, ne quis pauper deturreat. (Lib. III de Spirit. Sanct. c. XVIII et. c. VII. Luc.)

empezará Jesucristo la redención del mundo... Adán salió del Paraíso terrenal, llevando la muerte para él y toda su raza; y Jesucristo salió del huerto de los Olivos, para darnos á todos la vida...

Llegado á aquel lugar, Jesucristo prosternó el rostro contra el suelo: *Proccidit in faciem suam.* (Matth. XXVI. 39). Con tal acto de humildad manifiesta: 1.º la aflicción que le agobia...; 2.º el profundo aniquilamiento en que se encuentra...; 3.º manifiesta á Dios su padre un respeto infinito...; 4.º indica cuán grande es el peso de nuestros pecados; con que ha querido cargar...; 5.º se pone en lugar nuestro, y, penitente, se ofrece como víctima de expiación á su Padre, pidiendo que el castigo por los pecados de los hombres caiga sobre él solo.

Jesucristo empezó, dice la Escritura, por verse agobiado de una gran pena y tristeza. Entonces dijo á sus apóstoles: Mi alma está triste hasta la muerte... Y habiéndose alejado un poco, se prosternó en el suelo, orando y diciendo: Padre mio, hazed, si es posible, que este cáliz se aleje de mí! Pero no se haga mi voluntad, hágase la vuestra. (Matth. XXVI. 37-39). Oró tres veces, y sólo después de la tercera se le presentó un ángel para fortalecerle. Aprendamos con este ejemplo á no desanimarnos en la oración y á ser perseverantes sobre todo en tiempos de prueba.

Jesucristo oró tres veces para enseñarnos á orar y á pedir: 1.º perdon de nuestros pecados pasados...; 2.º gracia para no caer actualmente...; y 3.º auxilio para preservarnos de los males futuros... Jesucristo oró también tres veces para enseñarnos que todas nuestras oraciones deben dirigirse á la augusta Trinidad, Padre Hijo y Espíritu Santo, y á fin de que alcancemos la salud de nuestro espíritu, de nuestro corazón y de nuestro cuerpo...

Jesucristo ora, y ¡cuál es su oración? Padre mio, apartad de mí, si es posible, ese cáliz: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste.* (Matth. XXVI. 39). ¡Si, Jesús mio, este cáliz es amargo, pues contiene la justicia de nuestro Padre y todas nuestras iniquidades; pero, si no lo bebes, todo lo hemos perdido! Lo beberé, pues añade: No se haga, sin embargo, mi voluntad, sino la vuestra: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Matth. XXVI. 39). Esta palabra de nuestro Jefe, dice S. Leon, ha sido la salvación del cuerpo entero, ha formado á todos los fieles, ha inflamado de celo á todos los confesores, y ha coronado á todos los mártires. (Serm. VII. de Passione).

En vista del cáliz de amargura, Jesucristo cayó en una profunda tristeza: Mi alma está triste hasta la muerte, exclama: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* (Matth. XXVI. 38). Con aquella tristeza expía el Salvador las culpables alegrías de Adán y de todos los pecadores. Está triste viendo la traición de Judas, el pecado de Pedro que le niega, el abandono de sus apóstoles, y todos los dolores y todas las ignominias que van á caer sobre él. Está triste, porque lleva todos los crímenes pasados, presentes y futuros de todas las generaciones. Está triste, porque ve en el porvenir los suplicios que han de sufrir los apóstoles y los mártires, las pruebas reservadas á su Iglesia, la ingratitude de los hombres y la condenación de muchísimos de los pecadores, á pesar del valor infinito de la sangre que va á derramar por ellos. Está triste, por fin, por la profunda tristeza de su tierna y divina Madre.

La tristeza de Jesucristo es libre, voluntaria; es una tristeza de amor; y

por consiguiente una tristeza muy meritoria... El adorable Salvador se ve agobiado de tristeza para que sea tranquila y dulce nuestra muerte...

Gemis, Señor, no por vuestros sufrimientos ni vuestros dolores, sino por nuestras heridas; no por vuestra muerte, sino por nuestra debilidad, dice san Ambrosio: *Doles, Domine, non tua, sed mea vulnera; non tuam mortem, sed nostram infirmitatem.* (In Luc. XXII. 44). Jesús se turbó en su espíritu: *Turbatus est spiritu.* (Joann. XIII. 21).

Jesucristo, dice S. Agustín, se turbó por poder, y no por debilidad: *Christus potestate, non infirmitate turbavit seipsum.* (In Passione).

Ved, dice S. Bernardo, ved, si os fijáis, la alegría que se entristece, la confianza que tiembla, la salud que sufre, la vida que muere, la fuerza que se debilita; pero aquella tristeza alegre, aquel temor conforta, y aquella muerte vivifica (1).

Jesucristo se levantó, fué á sus discípulos, y los halló dormidos: *Invenit eos dormientes.* (Math. XXVI. 40). Vigilad y orad, les dijo: *Vigilate et orate.* (Id. XXVI. 41). Los despierta para probar que su pasión ha de despertar á los que duermen en el pecado, dice S. Ireneo; pues, ¿quién podría dormir en el pecado al ver que Jesucristo sufre todos los tormentos para expiar el mismo pecado? (*Hist. Eccles.*).

De sus apóstoles vuelve á la oración, y abismado siempre en un océano de tristeza, cae en agonía, y ora aún por más largo tiempo: *Et factus in agonia, prolixius orabat.* (Luc. XXII. 43). Tiene un sudor como de gotas de sangre, que caen en el suelo: *Et factus est sudor ejus, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* (Luc. XXII. 44).

Jesucristo, dice S. Bernardo, no se contentó con las lágrimas que caen de los ojos, sino que quiso llorar y lavar nuestros pecados con lágrimas de sangre que corrian de todo su cuerpo: *Christus non contentus fuit lacrymis oculorum, sed totius corporis sanguineis lacrymis, peccata nostra flere et lavare voluit.* (Homil. super Missus est).

Sin embargo el traidor Judas se acerca: Hé aquí á Judas uno de los doce: *Ecce Judas, unus de duodecim.* (Math. XXVI. 47). *Ecce:* Hé aquí una abominación nueva y desconocida, un crimen de que ningún siglo había cido hablar. Judas, uno de los doce apóstoles, no sólo ha llegado á ser un ladrón, sino que ha vendido á su augusto Maestro, y se ha hecho jefe de los traidores, de los verdugos y de los asesinos que han matado á Jesucristo. Por esto dice S. Lucas que Judas le precedía. Vino, dice S. Mateo, y detrás de él una multitud armada con espadas y palos. Lleva consigo una cohorte enfurecida, y la precede como jefe y guía de los malvados: *Antecedebat eos.* (XXII. 47).

Considerad la ceguera y la locura de Judas y de los judíos. Judas sabía que Jesucristo era el gran profeta, el Mesías, el Hijo de Dios, que no podía ser cogido ni vendido; los Príncipes de los sacerdotes lo sabían también por experiencia; pero, llevados de la avaricia, del resentimiento y del odio, y poseídos del demonio, se adelantaron. ¡Oh! ¿quereis combatir contra vuestro

(1) Videas, si attendas, tristare lætitiã, pavere fiduciam, salutem pati, vitam mori, fortitudinem infirmari; sed est hæc tristitia lætificans, pavor confortans, mors vivificans. (Homil. II, super Missus est).

Criador, vuestro Bienhechor, el que aguardáis desde tanto tiempo, el deseado de las naciones?...

La avaricia llevó á Judas á tal exceso, dice S. Crisóstomo. La avaricia hace crueles y bárbaros á todos aquellos á quienes domina: *Avaritia enim illi furorem immisit. Avaritia omnes, qui ipsi serviunt, crudeles efficit atque atroces.* (In Passione).

El traidor les había dado una señal: Es aquél á quien besaré; apoderaos de él: *Qui autem tradidit eum, dedit illis signum: Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.* (XXXI. 48). Temiendo perder sus treinta dineros, pues no los había recibido todavía, Judas procuraba que Jesucristo no se les escapase.

Levantáos, vamos, dijo Jesucristo á sus apóstoles; ya se acerca el que ha de entregarme: *Surgite, amicus; ecce appropinquavit qui me tradet.* (Math. XXVI. 46). Hasta aquel momento la tristeza, el sudor y la agonía habían agobiado al Salvador, porque así lo quería; pero vedlo que recobra sus divinas fuerzas, y se encamina en derecha y con paso firme hácia sus enemigos. ¿A quién buscáis? les dice.—A Jesús de Nazareth.—Yo soy: *¿Quem queritis?—Jesum Nazarenum.—Ego sum.* (Joann. XVIII. 4-5). Así que hubo dicho: Yo soy, retrocedieron y cayeron al suelo: *Ut ergo dixit eis: Ego sum; obvertant retrorsum, et ceciderunt in terram.* (Id. XVIII. 6). A la voz de Jesucristo, dice S. Leon, la muchedumbre impía fué derribada, y no volvió á levantarse sino cuando él quiso. ¿Qué no podrá su majestad cuando venga á juzgar á las gentes, si su humildad, pronta á ser juzgada, pudo tan grandes cosas? *Ad vocem ejus, turba prosternitur impiorum. ¿Quid jam poterit majestas ejus judicatura, cujus hoc potuit humilitas judicanda?* (Serm. I). Yo soy, dijo, yo soy Jesús, á quien buscáis; yo soy el Eterno, y por esto os hago sentir la fuerza de mi poder: una sola palabra de mis labios os postra á mis plantas...

La caída de Judas y de los suyos era la irreparable destrucción de los judíos. Hablando de aquel milagro, S. Cirilo dice: Aquella caída es la figura de la que han de sufrir todos los enemigos de Jesucristo; la misma suerte está reservada á sus contrarios en todos los siglos. (In XVIII. Joann.)

¿Dónde está ahora la cohorte de los soldados? exclamaba S. Agustín. ¿Dónde está el terror y la fuerza de las armas? No necesita dardos; una sola palabra ha herido, rechazado y derribado á una muchedumbre feroz por el odio, y terrible por sus armas. Es que Dios estaba oculto bajo la exterioridad de hombre. ¿Qué hará pues, cuando venga á juzgar, aquel que, pronto á parecer ante un tribunal, manifestó de tal modo su poder? (1).

Los emisarios de los príncipes de los sacerdotes no hubieran podido levantarse si Jesucristo no se lo hubiese permitido. La misericordia con que les favoreció, hubiera debido conmovierlos y convertirlos, principalmente á Judas; pero, vendido á Satanás, el apóstol infiel había resuelto entregar á su Dios por medio de un beso, y ejecutó su proyecto infame. Acercándose presuroso á Jesús, le dijo: Salud, Maestro. Y le besó: *Et confestim accedens ad Jesum,*

(1) Ubi nunc militum cohors? Ubi terror et munimen armorum? Una vox turbam odios ferocem, armis terribilem, sine telo ullo percussit, repulit, stravit: Deus enim latebat in carne. ¿Quid judicatorius faciet, qui judicandus hoc fecit? (In XVIII. Joann.)

*dixit: Ave, Rabbi. Et osculatus est eum.* (Matth. XXVI. 49). Y Jesús le dijo: Amigo mío, ¿qué habéis venido á hacer? *Dixit ei Jesus: Amice, quid quid venisti?* (Matth. XXVI. 50). ¿Haceis traicion al Hijo del hombre con un beso, ó Judas? *Judas, osculo Filium hominis tradis?* (Luc. XXII. 48). El nombre de amigo que le daba Jesucristo, la tierna y terrible reprension que le dirigia, hubieran debido partir el corazon de Judas, como pronto una mirada partirá el corazon de Pedro, que habrá tenido la debilidad de renegar del Salvador.

Aunque Jesucristo sintió vivamente la traicion de Judas, llevada á cabo por medio de un beso, no la rechazó: 1.º para sufrir por nosotros...; 2.º para conmover y convertir el corazon del traidor...; 3.º para enseñarnos á no aborrecer á nuestros amigos, sino á perdonarles y amarlos.

Despues de haber derribado milagrosamente á sus enemigos, Jesucristo obró un segundo prodigio, no permitiendo que se apoderasen de sus apóstoles, ni siquiera de Pedro, que habia herido á uno de ellos. Hizo un tercer prodigio, colocando el oido de aquel á quien Pedro le habia cortado. Véase cuánta era la ceguedad de aquellos criminales emisarios...!

Se arrojaron sobre Jesucristo, y le encadenaron: *Manus iniecerunt in Jesum, et tenuerunt.* (Matth. XXVI. 50).

¿Quién pudiera pintar la barbarie con la que los judíos se apoderaron del Salvador?... 1.º Pusieron sobre él la mano como sobre un ladrón; y Jesucristo es la inocencia y la bondad misma, el Santo de los Santos, el Verbo eterno, el Hijo de Dios, y Dios tambien... 2.º Los enemigos de Jesucristo eran viles y crueles, todos enemigos jurados unos de otros, pues los escribas detestaban á los fariseos, y reciprocamente. De aqui podemos juzgar con qué inhumanidad y barbarie le trataron, agarrándole, insultándole é hiriéndole á porfia... 3.º Se apoderaron de Jesucristo abandonado de sus apóstoles, y solo, cordero sin mancha, en medio de furiosos lobos.

Con sus cadenas Jesucristo quiso: 1.º romper la cadena con que Adán habia atado al género humano, la cadena del pecado original...; 2.º romper las cadenas con que el demonio y el pecado nos han torturado á cada uno de nosotros...; 3.º santificar las cadenas que los mártires, los confesores y todos los perseguidos debían llevar para gloria de su nombre...; 4.º atarnos con las cadenas de su amor, como lo habia anunciado por boca del profeta Oseas, diciendo: *in funiculis traham eos, in vinculis charitatis.* Los atraeré por medio de los lazos que seducen á los hombres, por medio de los lazos del amor...; 5.º y finalmente para cumplir las profecias del Antiguo Testamento, y reemplazar las figuras por la realidad. Isaac, figura de Jesucristo, habia sido matado...!

Las cadenas del Salvador fueron tanto más duras y pesadas, cuanto más temibles y pesadas son las de los pecadores. El Cristo, el Señor, ha sido envuelto en nuestros pecados, dice Jeremias: *Christus Dominus captus est in peccatis nostris.* (Lament. IV. 20.)

En distintas ocasiones, Jesucristo, ya á punto de ser prendido por sus enemigos y perseguidores, pasó sin ser visto en medio de ellos. (Luc. IV.) Porque, como dice S. Ambrosio, se deja prender cuando quiere, se escapa cuando quiere, y le matan solamente cuando lo consiente; su hora no habia llegado todavía ántes: *Etenim, quando vult, capitur; quando vult, elabatur; quando vult, occiditur; quia nondum venerat hora ejus.* (In Luc. XXII.)

Jesucristo da el nombre de cáliz á su pasion, porque la sufrió muy voluntariamente, y la deseó con ardor: la deseó como un hombre devorado de una sed ardiente suspira por una copa llena de agua salvable y refrescante.

Fuó sacrificado porque quiso, dice Isaías: *Oblatus est quia ipse voluit.* (LV. 7). Contemplemos, dice S. Pablo, contemplemos el autor y consumidor de la fe, á Jesús que, á causa de la alegría que se le habia propuesto, sufrió la cruz, despreciando la vergüenza: *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui, proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta.* (Hebr. XII. 2). Me amó, y se entregó por mí, añade el gran apóstol: *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Gal. II. 20.)

El mismo Jesucristo lo declara: Mi Padre me ama, porque doy mi vida para recobrarla por segunda vez. Nadie me la arrebató, pues yo mismo la doy, y tengo el poder de darla y el de recobrarla (1).

Los profetas han predicho los ultrajes hechos al Señor y lo que sufrió hasta el momento en que fué arrastrado á Jerusalem.

David predijo la traicion de Judas: El hombre de mi paz, de mi confianza, dijo, el que comia en mi mesa, se levanta con insolencia contra mí: *Etenim homo pacis meae, in quo speravi, qui edebat panes meos, magnificavit super me supplantationem.* (XL. 10).

El mismo profeta anunció la agonía de Jesucristo y su abandono por los apóstoles: Mi corazon ha aguardado el ultraje y el sufrimiento; ha esperado que alguien tomara parte en mi tristeza, pero en vano; alguien que me consolara, y no lo he encontrado: *Improprium expectavit cor meum et miseriam; et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et qui consolaretur, et non inveni.* (LXVIII. 21).

El profeta Zacarías predice que Jesucristo será vendido por treinta deneros: *Appendunt mercedem meam triginta argenteos.* (XI. 12).

Jeremias vé como Judas y su cohorte se adelantan para apoderarse de Jesucristo. He oido el ultraje de muchos hombres, y al rededor mio reinaba el terror. Perseguidle, y le perseguiremos: tales eran los gritos de los que estaban á mi lado; tengamos fuerza contra él, y venguémonos (2).

No puede dudarse que en el trayecto del huerto de Olivos á casa de Caifás, Jesucristo cargado de cadenas sufriese mil ultrajes é insultos...

El tribuno, su cohorte y los satélites de los judíos llevaron á Jesús, primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, quien aquel año era gran sacerdote. (Joann. XVIII. 12, 13). El sumo sacerdote interrogó á Jesús en lo concerniente á sus discípulos y á su doctrina. (Id. XVIII. 19). Jesús le respondió: Públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he dicho en se-

(1) Me diligit Pater; quia ego pono animam meam, ut iterum, sumam eam. Nemo tollit eam á me; sed ego pono eam a meipso, et potestatem habeo ponendi eam; et potestatem habeo iterum sumendi eam. (Joann. X. 17-18).

(2) Audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu. Persequimini, et persequamur eum; ab omnibus viris custodientibus latum meum...; praevalcamus adversus eum, et consequamur ultionem ex eo. (IX. 10).

Los sufrimientos de Jesucristo hasta que salió del huerto de Getsemani habian sido predichos por los profetas.

Sufrimientos de Jesucristo en Jerusalem: 1.º En casa de Anás, suegro de Caifás.

creto. ¿Por qué me preguntais? Preguntad á los que han oído lo que les he dicho: ellos saben lo que he hablado (1).

¿Qué había enseñado en efecto? Las ocho bienaventuranzas, etc... ¿Qué había hecho? Había curado á los enfermos, había devuelto la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos, el uso de sus miembros á los paralíticos, y la vida á los muertos; había multiplicado los panes, arrojado á los demonios, y calmado las tempestades; en una palabra, había pasado el tiempo haciendo bien... ¿Quién podía ser engañado? Pero, queriendo ser considerados como jueces íntegros, Caifás y los que habían jurado la muerte del Mesías le interrogaban y se constituían en acusadores suyos...

Al decir Jesucristo: ¿Por qué me interrogais? Uno de los satélites le dió un bofetón, diciendo: ¿Así se contesta al gran sacerdote? Jesús reposo: Si he hablado mal, manifestad el mal que he dicho; pero, si he hablado bien, ¿por qué me herís? (Joann. XVIII. 22-23).

Así pues los príncipes de los sacerdotes y toda la asamblea buseaban un falso testimonio contra Jesús para hacerle morir. (Math. XXVI. 59). Estaban resueltos á crucificarle; pero, aunque eran numerosos, astutos, malos y llenos de odio, no hallaban ningún motivo de acusación contra él: tan irreprehensibles eran su moral y su vida... Por esto necesitaban falsos testigos. Por fin se presentaron dos que dijeron: Este ha dicho: Puedo destruir el templo de Dios, y volverlo á construir despues de tres días. Levantándose entónces el príncipe de los sacerdotes dijo á Jesús: ¿Nada respondéis á lo que éstos manifiestan contra vos? (Math. XXVI. 60-62). Y Jesús se callaba: *Jesus autem tacebat*. (Id. XXVI. 63).

Jesús se callaba, porque: 1.º la acusación era mala...; 2.º sabía, dice san Jerónimo, que, por más que respondiese, no había de impedir que acriminasen sus palabras. (In. Evang. Math.) Y como dice S. Crisóstomo, allí no había más que una sombra de juicio; en realidad, aquello era un ataque de salteadores: *Nam figura ibi dumtaxat iudicium erat; re autem ipsa, latronum impetus*. (In Passione...); 3.º Jesús se callaba, porque se sometía enteramente á la condenación y á la muerte decretadas por su Padre...; 4.º el silencio de Cristo expió las excusas de Adán, dice S. Jerónimo: *Taciturnitas Christi apologiam Adám absolvit*. (In Marcum, c. XIV).

Sin embargo, el príncipe de los sacerdotes dijo el Salvador: Os conjuro por Dios vivo que nos digais si sois Cristo Hijo de Dios: *Adjuro te per Deum vivum ut dicas nobis si tu es Christus Filius Dei*. (Math. XXVI. 63). Caifás hablaba así, no para llegar al conocimiento de la verdad, sido para adquirir los elementos de una condenación. Jesús le respondió: Lo habeis dicho; y en verdad os declaro que un día vereis al Hijo del hombre que sentado á la diestra del poder de Dios vendrá en medio de las nubes del cielo: *Tu dixisti: veruntamen dico vobis: Amodo videbitis Filium hominis sedentem a dextris virtutis Dei, et venientem in nubibus caeli*. (Math. XXVI. 64). Entónces el príncipe de los sacerdotes desgarró sus vestidos, diciendo: Ha blasfemado; ¿para

(1) Respondit ei Jesus: Ego palam locutus sum mundo; ego semper docui in synagoga et in templo, quo omnes Iudaei conveniunt; et in occulto locutus sum nihil. ¿Quid me interrogas? Interrogas qui audierunt quid locutus sim ipsis: ecce hi sciunt quae dixerim ego. (Joann. XVIII. 20-21).

qué necesitamos testigos? Y acabais de oír la blasfemia: *Tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua, dicens: Blasphemavit; ¿quid adhuc egemus testibus? Ecce nunc audistis blasphemiam; (Math. XXVI. 65)*. Hé aquí á un hipócrita Pontífice que se constituye en acusador. Se dirige á los enemigos de Jesucristo, á los que se lo han traído para que le juzgue, y los invita para que formulen una sentencia. Todos responden: Merece la muerte: *Reus est mortis*. (Math. XXVI. 66). Los mismos individuos, dice S. Crisóstomo, son los que acusan, discuten y pronuncian la sentencia: *Ipsi accusant, ipsi disentiunt, ipsi sententiam proferunt*. (In Passione).

Condenan á Jesucristo á muerte porque había dicho que era el Mesías. ¿No lo había probado durante toda su vida? Dice la verdad, y le condenan como un blasfemo. Ellos son los que insultan á Dios. Pero el Salvador había tomado sobre sí la sentencia de muerte pronunciada contra Adán...

Luego le escupieron en el rostro, le dieron puñetazos y le abofetearon, diciendo: Cristo, profetizas, ¿quién es el que te ha herido? (1).

¡Cielo, tierra, y vosotros, séres que poblais el universo, llenos de horror viendo como es maltratado el rostro del Salvador divino; aquel rostro dice san Crisóstomo, ante cuya presencia se calmaron las olas del mar, y el sol veló sus rayos por reverencia cuando se inclinó bajo el peso de la muerte! (In Luc. XXII). ¿A qué tantos ultrajes á un condenado? ¿A qué tantos insultos? Las costumbres feroces de los enemigos del Hombre Dios se habían de manifestar en todo...

Jesucristo es acusado como un imple; es abofeteado como un insolente; le escupan al rostro como al más vil y despreciable de los hombres, y es herido á golpes como un ladrón... ¡O Dios! ¿qué es pues el hombre subordinado al ciego impulso de sus pasiones y del demonio...? Jesucristo habla con la dignidad y el poder de Señor y de maestro, se calla como un inocente, y es condenado como un sacrilego. ¡Su rostro divino, que es la misma pureza y hermosura del Paraíso, queda manchado con saliva impura! Es herido con el puño Aquel cuya mano mide el océano, y cuyo dedo pesa los Cielos! ¡Es ultrajado con bofetones el rostro que es el esplendor y la gloria del Padre! ¡Quedan cubiertos los ojos del que todo lo ve y todo lo escudriña! ¡O judíos sumergidos en las tinieblas del infierno, vosotros sois los que os pegais á vosotros mismos, deshonrais y vendais vuestros ojos; no vereis ya la faz de Dios, ni seréis ya su pueblo! ¡El que mata á Dios, deja de tenerlo!... Adán y Eva habían pecado por los ojos y la boca, y al permitir Jesucristo que le cubriesen los ojos y le golpeasen la boca, obtenía misericordia por aquel crimen.

A fin de expiar, Jesucristo sufrió en todos los miembros por medio de los cuales el hombre ha pecado y peca todavía, dice S. Agustín: *Christus passus est in omnibus membris, quibus peccavit et peccat homo, ut omnia expiaret*. (In Passione).

Como Jesucristo no fué más que dulzura, dice S. Crisóstomo, sus verdugos no fueron más que ultraje é impiedad; en acciones, en palabras y en de-

(1) Tunc expauerunt in faciem ejus, et colapsis eum ceciderunt: alii autem palmas in faciem ejus dederunt, dicentes: Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit? (Math. XXVI. 67-68).

seos, agotaron contra él toda su rabia. (*In Passione*). Jesucristo quiso sufrir todos los insultos y todas las afrentas: 1.º para satisfacer por todas las ofensas de que se hacen culpables hacia Dios; porque, en cuanto puede, el pecador escupe á Dios, le abofetea y le hiera despreciándole y dando la preferencia á la criatura. Le despoja de la honra que le es debida, y casi de la Divinidad dándose otros dioses. El avaro no tiene más Dios que el oro y la plata, el impúdico sólo ve los viles placeres, el hombre dado á la embriaguez, algunos licores, etc., y todos no ven más que las pasiones y los demonios. 2.º Para preservarnos del oprobio que habíamos merecido: Sus oprobios han borrado el nuestro, dice S. Jerónimo: *Opprobria ejus nostrum abstulere opprobrium*. In (c. XXVI. *Math.*) 3.º Para honrar á Dios y satisfacer su justicia. La pasión del Salvador honra infinitamente á Dios. Donde había abundado el pecado ha superabundado la gracia, dice S. Pablo: *Ubi abundavit delictum superabundavit gratia*. (Rom. v. 20.) ¡Oh pecado de Adán, ciertamente necesario! exclama la Iglesia. ¡Oh dichosa falta, que nos valió tal Redentor! ¡O certe necessarium Adæ peccatum! ¡O felix culpa, que talem ac tantum meruit habere Redemptorem! (Exultet in bened. Ceret. Pasch.) 4.º Para manifestarnos su paciencia suprema y darnos ejemplo... En la pasión, dice S. Bernardo, conviene principalmente considerar tres cosas: la obra, la manera y la causa. En la obra brilla la paciencia, en la manera la humildad, y en la causa la caridad (1). 5.º Para animar é inflamar á todos los mártires y cristianos y llevarnos á no temer obstáculos, amenazas ni suplicios, sino á triunfar de todo para asegurar su salvación... Con los ultrajes que han dirigido á Jesucristo los judíos han merecido sufrir todas las humillaciones, y humillaciones eternas. Abofetearon á Jesucristo, dice Orígenes, y han recibido una bofetada que no se borrará nunca: *Receperunt alapam æternam*. (In *Evang.*)

Los que osaron combatir al incorruptible, se corrompieron, dice S. Bernardo; y los que ultrajaron al inmortal murieron. (*Serm. de Cruce*.)

Durante toda la noche del jueves al viernes Jesucristo sufrió toda clase de ultrajes y afrentas.

Pedro niega á Jesucristo.

En aquella noche tan cruel, por colmo de desgracias, Pedro se negó tres veces á su divino Maestro, y Jesucristo lo sufrió todo con resignación divina.

¿Dónde negó Pedro á Jesús? dice S. Ambrosio. En el pretorio de los judíos; en la sociedad de los impíos. (*In XXII. Luc.*) ¡Oh! ¡qué dañosas son, dice el venerable Beda, las conversaciones y la compañía de los malvados! Pedro, en medio de los impíos, niega que conoce á Jesucristo como hombre, él, que le había confesado como Hijo de Dios vivo, cuando estaba con sus colegas. (*In March. Evang. c. XIV.*) Verdaderamente, muy débil es el hombre reducido á sus pocas fuerzas. Sin el Espíritu Santo, Pedro padece, se estremece y reniega de su Maestro á la voz de una simple criada; pero con el Espíritu Santo, no cede á los príncipes, ni á los reyes, ni á los judíos, ni á los gentiles; arrastra las cadenas, las prisiones, los tormentos y la muerte. Todas las ame-

(1) In hac passione tria specialiter convenit interi, opus, modum, causam. Nam in opere, patientia; in modo, humilitas; in causa, charitas commendatur. (*Serm. in feria sexta hebdomadis penult.*)

nazas y todos los suplicios no son para él más que un juego. Y dice osadamente á los que conminándole con las penas más terribles, le prohiben predicar á Jesucristo: Hemos de obedecer á Dios antes que á los hombres: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus*. (Act. v. 29.)

Pedro cae por varias causas. Primeramente porque confió demasiado en sí mismo. Aunque tuviera que morir con vos, había dicho aquella misma noche á Jesucristo, no renegaría de vos. (*Math. XXVI, 34-35*). En segundo lugar, porque conociendo su debilidad y su temor, se mezcló imprudentemente con una muchedumbre impla... En tercer lugar, porque siguió de lejos á Jesucristo, tibio como era: *Sequebatur eum á longe*. (*Math. XXVI, 58*). En cuarto lugar, porque se había olvidado ya de su promesa... En quinto lugar, Dios permitió aquella caída para que Pedro, que debía ser el soberano Pastor de la Iglesia, fuese compasivo é indulgente. En sexto lugar, Dios la permitió para dar á los pecadores un grande ejemplo de arrepentimiento y de penitencia. Pues habiendo salido, Pedro lloró amargamente: *Egressus foris flevit amarè*. (*Math. XXVI, 75*). Las lágrimas del penitente son el vino de los ángeles, dice S. Bernardo: *Lacrymæ penitentium vinum sunt angelorum*. (*Serm. XXX, in Cant.*) Las lágrimas borran el pecado, dice S. Ambrosio, no piden el perdón, lo merecen: *Lacrymæ lavant delictum; lacrymæ veniam non postulant, sed merentur*. (In *XXII. Luc.*)

San Clemente, discípulo y sucesor de S. Pedro, afirma que aquel apóstol se arrepintió tanto, que, mientras vivió, se prosternaba durante la noche al cantar el gallo, y derramaba abundantes y amargas lágrimas. Por esto estaban sus ojos siempre emendidos. (*Hist. Eccles.*)

Al amanecer, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para matarle: *Mane autem factò, consilium inierunt omnes principes sacerdotum et seniores populi adversus Jesum, ut eum morti traderent*. (*Math. XXVII, 1*).

Desde la madrugada, observad, dice S. Jerónimo, como se apresuran á cometer el mal, á tenor de las palabras del Rey profeta: Sus piés corren para derramar sangre. (*Psal. XIII. — De judæis*.) El odio, el furor y el demonio les excitan y les apresuran... Caifás había reunido en su casa á todo el consejo de los judíos para condenar á Jesucristo, á fin de que luego Pilatos no pudiera absolverle... Aquella mañana, judíos, aquella mañana, exclama S. Leon, derribó Dios nuestro templo y nuestros altares; os arrebató vuestra ley y vuestros profetas, nuestro reino y nuestro sacerdocio, y convirtió vuestras fiestas en lágrimas eternas. (*Serm. III. de Passione*.)

Habiendo atado á Jesús, se lo llevaron y lo entregaron al gobernador Poncio Pilatos: *Et victum adduxerunt eum; et tradiderunt Pontio Pilato præsidi*. (*Math. XXVII, 2*). Lo llevaron á Pilatos para que éste decretase la sentencia de muerte. Ellos lo hubieran hecho mil veces, si hubiesen tenido tal poder; pues aquel deseo deicida los devoraba; pero los romanos les habían quitado el derecho de justicia soberana. Ellos mismos lo proclamaban. En efecto: cuando Pilatos les dijo: Tomadle y juzgadle según vuestra ley, respondieron: No nos está permitido sentenciar á nadie á muerte: *Nobis non licet interficere quemquam*. (*Joann. XVIII, 31*.) Y si varias veces durante la vida de Jesucristo ha-

Jesucristo en casa de Pilatos.

bían intentado apedrearle; y si más tarde apedrearón á S. Estéban, no lo hicieron con derecho para tanto, sino como asesinos que obedecen al odio y al furor...

Pusieron pues al Salvador en manos de Pilatos, para que éste le condenase á muerte. Tenían varios motivos para obrar así:

1.º No querían tomar sobre sí la responsabilidad de la infame muerte de Jesucristo, aunque la tenían por completo, puesto que le entregaban á Pilatos por envidia y le acusaban calumniándole. Se proponían también de esta manera dar á entender al pueblo que Jesucristo había merecido la muerte, puesto que Pilatos, que no era judío y pasaba por un hombre justo, le condenaba.

2.º Querían destruir el honor y la gloria de Jesucristo y probar que no era el Cristo, sino un falso profeta; pues para darles gusto, Pilatos debía colocarlo en la categoría de los hombres peligrosos y condenarle ya como malhechor, ya como rebelde á César...

3.º El día en que se verificaban los sucesos que acabamos de recordar, los sacerdotes debían hallarse en el templo y abstenerse de la sangre... No aguardaron á que hubiese pasado la fiesta de Pascua para entregar Jesucristo á Pilatos, persuadidos de que la impresion del suplicio que le estaba reservado, estaría en relación con la gran concurrencia de gente que había de llegar á Jerusalem de todos los puntos de Judea para celebrar la primera solemnidad de la ley.

4.º Querían finalmente que, ejerciendo Pilatos sus funciones de juez, á pesar de la santidad del día, fuese mirado como un profanador. Pero Dios impuso á los judíos deicidas la pena del Talion. Así como habían entregado á Jesucristo á Pilatos, procónsul romano, para que éste le condenase, Dios los entregó á los emperadores romanos Tito y Vespasiano, que los vencieron, destruyeron á Jerusalem y aniquilaron la nacionalidad judaica.

Los enemigos del Salvador no entraron en el pretorio para no mancharse: *Et ipsi non introierunt in pretdrium, ut non contaminarentur.* (Joann. XVIII. 28).

¡Oh hipocresía! ¡Oh loca y ciega impiedad! exclama S. Agustín. No entran en el pretorio para no mancharse con el tacto de extranjeros, y se cubren de una mancha eterna con su propio crimen! (*De Passione*).

Hé aquí á Jesús ante el presidente Pilatos: *Sicet Jesus ante presidem.* (Math. XXVII. 11). ¿Qué acusacion traéis contra este hombre: *Quam accusationem offeritis adversus hominem hunc?* Ellos respondieron con orgullo: Si no fuese un malhechor, no lo hubiéramos traído: *Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissimus eum.* (Joann. XVIII. 29-30). Entonces Pilatos les dijo: Tomadlo vosotros mismos, y juzgado segun vuestra ley: *Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate.* (Joann. XVIII. 31.) Pilatos no quería meterse á juzgarle; vela ya la iniquidad de los judíos y la inocencia de Jesucristo, pues sabía que lo habían prendido por envidia: *Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum.* (Math. XXVII. 18).

Teniendo entonces los enemigos del Salvador que Pilatos lo despidiese, no le acusaron ya de blasfemia, como antes, porque el conocimiento de tal crimen no era de la atribucion de Pilatos; los blasfemos no atacaban más que la ley judaica, y sólo podían ser apedreados, sin que á aquel suplicio estuviese

unida una nota de infamia como al suplicio de la cruz. La cruz era el suplicio de los sediciosos, de los ladrones y asesinos; suplicio, por consiguiente, muy ignominioso. Para conseguir su objeto, se decidieron á acusar á Jesús de tres crímenes dignos de la cruz; 1.º Le hemos encontrado, dijeron, subvirtiendo nuestra nacion: *Hunc invenimus subvertentem gentem nostram* (Luc. XXIII. 2); es decir, excitándola á la rebelion; lo que atacaba directamente á los romanos, dueños de la Judea. 2.º Prohibe pagar el tributo á César: *Et prohibentem tributa dare Cesari.* (Id. XXIII. 2). 3.º Se dice Cristo Rey: *Et dicentem se Christum Regem esse.* (Id. XVIII. 2).

Pilatos despreció aquellas acusaciones, que le constaba estaban desprovistas de fundamento, y dirigiéndose al mismo Jesús, le dijo: Vuestra nacion y vuestros sacerdotes acaban de entregaros á mí; ¿qué habéis hecho? *Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi; quid fecisti?* (Joann. XVIII. 35). ¿Sois rey de los judíos? *¿Tu es rex Judeorum?* (Id. XVIII. 33). Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis sirvientes combatirían para librarme del poder de los judíos; pero mi reino no es ahora de aquí (1). Pilatos prosiguió: Así pues, ¿sois rey? *Ergo rex es tu?* (Idem XVIII. 37). Jesús respondió: Vos lo decís, soy rey. He nacido, y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; *Tu dicis, quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.* (Id. XVIII. 37). He venido á predicar la verdad evangélica, que principalmente estriba en tres cosas: 1.º en el verdadero conocimiento de Dios; 2.º en el conocimiento de la encarnacion; 3.º en el conocimiento de la bienaventuranza. Entonces Pilatos, con culpable indiferencia, replicó: ¿Qué es la verdad? *Quid est veritas?* Y despues de esta pregunta, sin aguardar respuesta, salió, se presentó á los judíos, y les dijo: No encuentro en él ningun crimen: *Ego nullam inveno in eo causam.* (Joann. XVIII. 38).

Los príncipes de los sacerdotes insistieron en sus acusaciones; Jesús nada respondió: *Et cum accusaretur á principibus sacerdotum, nihil respondit.* (Math. XXVII. 12). Nada respondió, porque: 1.º todo lo que le echaban en cara era falso...; 2.º sabía que sus respuestas serían inútiles...; 3.º se callaba para que no le despidiese Pilatos sin condenarle...; 4.º se callaba también, como ya hemos dicho, para expiar con su silencio las mentiras, los perjurios, las maledicencias, las calumnias, las blasfemias, y en una palabra todos los crímenes que los hombres habían cometido por medio de la palabra.

Continuando Pilatos su interrogatorio, dijo á Jesús: ¿No ois cuántas cosas dicen contra vos? *Non audis quanta adversum te dicunt testimonia?* (Math. XXVII. 13). Pero Jesús nada respondió, de suerte que el gobernador se admiraba muchísimo: *Et non respondit ei ad ullum verbum, ita ut miraretur preses vehementer.* (Math. XXVII. 14). Pilatos admiraba la inocencia, la dulzura, la paciencia, la resignacion y la fuerza del acusado. Hé aquí, dice san Anastasio, hé aquí en el Salvador algo muy grande y muy admirable; callándose, persuadida tan eficazmente á su juez, que, á pesar de las tramas y conspi-

(1) Respondit Jesus: Regnum meum non est de hoc mundo; si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei atque decerent, ut non traderer Judais; nunc autem regnum meum non est hinc. (Joann. XVIII. 36).



raciones contra él urdidas, éste tenía que reconocerle y declararle inocente (1).

Jesucristo en casa de Herodes.

Desearo Pilatos de salvar á Jesucristo, tomó el partido de enviarlo á Herodes- casa de Herodes. (Luc. XXIII. 7). Viendo Herodes á Jesús, experimentó una gran alegría, porque deseaba hacia tiempo verle, pues le habian contado de él muchas cosas, y quería verle obrar algun prodigio. Le interrogó pues largamente; pero Jesús nada contestó. (Id. XXIII. 8-9). Así obra aquel gran Dios con los curiosos, los orgullosos y los impíos: se calla. La voz de su gracia, de sus inspiraciones y del remordimiento no llega á ellos: *At ipse nihil illi respondebat.*

Observad el encarnamiento de los juicios al perseguir á Jesucristo. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que estaban allí presentes, dice san Lucas, seguian acusándole con terquedad: *Stabant autem principes sacerdotum et scribe constanter accusantes eum.* (XXIII. 10).

Pero Herodes y su corte lo despreciaron; y habiéndole hecho poner por burla una túnica blanca, aquel rey lo envió de nuevo á Pilatos: *Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo; et illius indutum veste albo, et remisit ad Pilatum.* (Luc. XXIII. 11). ¡Ah! lejos de ser indicio de locura, aquel vestido blanco era la señal de la inocencia, de la pureza, de la inmortalidad y de la gloria de Jesucristo, lo insigne de su victoria!

Se observa que entre los judíos hubo unidad de conspiracion, de desprecio y de ultrajes contra el Hombre-Dios.

Jesucristo vuelve ante Pilatos.

Habiendo convocado Pilatos á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados y al pueblo, les dijo: Me habeis presentado á este hombre como soliviantador del pueblo, y preguntándole yo ante vosotros, nada he encontrado en él de lo que le acusais. Herodes tampoco, porque os he enviado á él, y no se le ha convencido de nada que sea merecedor de la muerte. Lo despediré pues, despues de haberle hecho castigar (2). Mientras que Pilatos funcionaba en su tribunal, su mujer le envió á decir: No te metas en lo perteneciente á este justo, porque hoy he sido yo atormentada de un modo extraño durante mi sueño sobre este asunto. (Math. XXVII. 19). Al nacer el mundo, dice S. Agustín, la esposa condujo á su esposo á la muerte; y cuando la pasion de Jesucristo, la esposa instó á su esposo para que se salvase: *In nativitate mundi, uxor duxit virum ad mortem; in passione Christi, uxor provocat ad salutem.* (In Ser. CXXI de Temp.)

En todos los siglos, la mujer cristiana fué la que comenzó el bien, invitó á los hombres á cumplirlo, y se puso al frente de todas las obras de caridad, de compasion y de beneficencia...

Pilatos, de acuerdo con su esposa, reconoce la inocencia de Jesús; pero es demasiado débil... ¡Ay! ¡Cuántas personas imitan la cobardía de Pilatos!...

(1) Magnum id certé et mirificum in Salvatore, qui tacendo tam efficax erat in persuadendo, ut iudex ultro faciones, conspirationesque adversus eum intas, et agnosceret, et conlitteretur. (Serm. de Passione et Cruce).

(2) Obtulisti mihi hunc hominem, quasi avertentem populum, et ecce ego curam vobis interrogans, nullam causam inveni in homine isto ex his in quibus eum accusatis. Sed neque Herodes, nam remisisti vos ad illum, et ecce nihil dignum morte actum est ei. Emendatum ergo illum dimittam. (Luc. XXIII. 13-16).

Aquel juez injusto se vale de un medio odioso para salvar á Jesucristo. En la solemnidad de Páscoa, el Gobernador tenia la costumbre de dar la libertad á un prisionero, al que el pueblo quisiese. Habia entonces en la cárcel un ladrón insigne, llamado Barrabás. (Math. XXVII. 15-16), el cual habia sido encarcelado por una sedicion que se habia originado en la ciudad, y por un asesinato (Luc. XXIII. 19). Y dirigiéndose Pilatos á los judíos, les hizo la siguiente proposicion: ¿A quién de los dos quereis que dé libertad, á Barrabás, ó á Jesús llamado Cristo? *¿Quem cultis dimittam vobis, Barrabam, an Jesum, qui dicitur Christus?* (Math. XXVII. 17). Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabás, é hiciese morir á Jesús (Math. XXVII. 20). El gobernador preguntó pues de nuevo: ¿A quién de los dos quereis que ponga en libertad? Y ellos respondieron: A Barrabás. Pilatos replicó: ¿Qué haré, pues, de Jesús llamado Cristo? *Quid igitur faciam, de Jesu, qui vocatur Christus?* (Math. XXVII. 21-22). Y todos dijeron: Condenad á éste, y entregadnos á Barrabás. (Luc. XXIII. 18). Muera Jesús crucificado: *Dicunt omnes: Crucifigatur?* (Math. XXVII. 23). El Gobernador les dijo: ¿Qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban todavía más alto diciendo: Crucifícidle! *At illis præsens: ¿Quid enim mali fecit? At illi magis clamabant, dicentes: Crucifigatur!* (Id. XXVII. 23). Pilatos les replicó por tercera vez: Es inocente, y nada encuentro en él que merezca la muerte. Pero ellos insistían con grandes gritos, y sus voces crecian por momentos: Crucifícidle, crucifícidle: *At illi instabant vocibus magnis et inualescebant voces eorum: Crucifige, crucifige eum.* (Luc. XXIII. 23-24).

¿Qué indigna preferencia! ¿qué furor! ¿qué crimen!... Los judíos piden la libertad de Barrabás y la condenacion de Jesucristo: *Non hunc, sed Barrabam.* (Joann. XVIII. 40). Ciegos y desgraciados pecadores, nosotros renovamos la misma eleccion al pecar mortalmente. Damos la preferencia á Barrabás... ¿Qué digo? Obramos peor que los judíos; porque, aunque muy criminal, Barrabás era un hombre; pero ¿quién es aquel que preferimos á Jesucristo por el pecado? ¿Quién es aquel que elegimos por dueño nuestro?

La peticion que los judíos consiguieron con tanto trabajo pesa sobre ellos desde entonces hasta nuestros dias, dice el venerable Beda. Teniendo la libertad de elegir, y habiendo dado la preferencia á un ladrón sobre Jesús, á un asesino sobre su Salvador, perdieron muy justamente la salvacion y la vida; han sido de tal manera arrastrados al pillaje y á las sediciones, que han perdido su reino y su patria; por no haber querido la libertad que Jesucristo les ofrecia, vendieron para siempre su libertad corporal y espiritual. (In March. c. XV).

Viendo Pilatos que nada adelantaba y que el tumulto iba en aumento, pidió agua, y lavándose las manos ante el pueblo, dijo: Soy inocente de la sangre de este justo; y vosotros responderéis de ella. (Math. XXVII. 24). Bien puedes lavar tus manos, juez cobarde é infame, no lavarás tu conciencia, ni tu honor, ni tu memoria. Te declaras inocente de la sangre del justo, y tú eres quien pronuncias la sentencia de muerte!...

Todo el pueblo contestó: Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! *Et respondens universus populus, dixit: Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* (Math. XXVII. 25).

Entónces Pilatos dió libertad á Barrabás, y despues de haber hecho azotar á Jesús, se lo entregó para que le crucificasen: *Tunc dimissit illis Barrabam; Jesum autem flagellatum tradidit eis, ut crucifigeretur.* (Math. XXVII. 26).

Judas devuelve los treinta dineros, y lleno de desesperacion va á ahorcarse.

Entre tanto, Judas, el que habia hecho traicion á Jesús, viendo que estaba condenado, se arrepintió, y fué á devolver las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado al vender la sangre inocente. Pero ellos le contestaron: ¿Qué nos importa? Es negocio tuyo. En vista de lo cual, despues de arrojado el dinero en el templo, se retiró y fué á ahorcarse. *Math. (XXVII. 3-5).*

Judas fué movido de arrepentimiento, pero no de un arrepentimiento sincero; porque el verdadero arrepentimiento encierra la esperanza del perdón y el mismo perdón; pero el arrepentimiento de Judas era forzoso y lleno de desesperacion, como es siempre el arrepentimiento nacido en la conciencia atormentada de los condenados devorados por las llamas del infierno.

Judas devolvió las treinta monedas, y las arrojó en el templo. Aunque el arrepentimiento de Judas fuera falso y nulo, aquel traidor, dice S. Ambrosio, sintió, sin embargo, cierta vergüenza y cierto pudor al reconocer su crimen; y aunque no haya sido absuelto, quedó en claro la impudencia de los judíos. El mismo acto que revelaba, en efecto, la traicion de Judas, probaba que los judíos habian hecho con él un contrato odioso y culpable. (*In Luc. XXII.*)

Pero los príncipes de los sacerdotes le dijeron: ¿Qué nos importa? Es cosa tuya. (*Math. XXVII. 4.*) No quieren recibir el dinero por no verse obligados á romper el contrato y á poner en libertad á Jesús. Judas arroja el dinero en el templo, en presencia de todo el pueblo, y así todos pudieron ver que Jesús habia sido vendido y condenado injustamente...

Si Judas hubiese pedido perdón y no se hubiese desesperado, habria conseguido salvarse... Varios doctores dicen que Judas se ahorcó de un árbol de la especie de aquel cuya fruta Adán habia comido...

Oid, oid, avaros, exclama S. Crisóstomo: Medita sobre la suerte de Judas: Perdió su dinero, cometió un crimen, y no pudo deshacerse de su precio, y perdió el alma. A esto conduce la atroz tiranía de la avaricia. Judas no se aprovechó del dinero ni de la vida que habia recibido, y no gozará tampoco de la vida futura: todo lo perdió á la vez. Despues de haber dado una mala opinion de sí mismo á aquellos á quienes habia entregado á su Dios, y en general á todos los hombres, puso fin con una cuerda á su triste é infame existencia. (*De avaritia.*)

Judas, dice el venerable Beda, halló un castigo digno de su crimen. La garganta de la que salió la voz de la traicion, fué apretada con una cuerda, el que habia entregado á la muerte al Salvador de los hombres y de los ángeles, pereció suspendido en el aire entre el Cielo y la tierra que le rechazaban, y las entrañas que habian concebido la perfidia y la traicion se rompieron, esparciéndose por el suelo. (*In I. Act.*)

El vientre de Judas, aquel asociado de las potencias aéreas, dice S. Bernardo, se rompió en medio de los aires, de tal suerte que el Cielo no recibió y la tierra no sustentó al que habia hecho traicion á Jesús, verdadero Dios y

verdadero hombre bajado del Cielo á la tierra para la salvacion del mundo (1).

Ni el Cielo ni la tierra quieren al aborrecido Judas; el aire le aborrece igualmente, y le falta...

Lo que Judas hizo á su cuerpo, dice S. Agustin, se verificó tambien en su alma. Como los que se ahorcan se matan porque el aire no puede llegar á sus pulmones, de la misma manera los que desesperan de la misericordia de Dios impiden la respiracion de su alma, que no puede ya recibir el soplo del Espíritu Santo (1).

Con la confesion de su falta y con su desesperacion, Judas dió dos admirables testimonios de la inocencia de Jesucristo, testimonios que hubieran delido detener á los judíos, comprometidos en el camino del deicidio, si hubiesen tenido conciencia y pudor; pero todo habia muerto en ellos, menos el odio y la voluntad de cometer el crimen. Ved la astucia y la malignidad del demonio: Lleva á Judas: 1.º á la avaricia; 2.º al sacrilegio con una comunión indigna; 3.º á vender á su Maestro; 4.º á hacerlo traidor con un beso; 5.º á abandonar el mismo á la desesperacion; 6.º á ahorcarse; y 7.º al infierno. Así de grado en grado lleva al hombre á todos los crímenes, y le precipita en un abismo del que no puede salir. Desconfiemos de su ingeniosa perfidia.

Habiendo recogido el dinero arrojado en el templo por Judas, los príncipes de los sacerdotes dijeron: No es lícito ponerlo en el tesoro, porque es precio de sangre. (*Math. XXVII. 6.*) ¿Qué hipocresía! Fingen delicadeza, celo por la religion, principios de justicia; y no permiten que ingrese en el tesoro de las obligaciones el precio de la sangre de Jesucristo, porque, segun ellos, aquella sangre era impura; pero, por una extraña contradiccion, ¿no habian sacado ellos aquel mismo dinero del piadoso tesoro donde no querian que volviese á ingresar? Negarse á recobrarlo era reconocer implícitamente que, empleando las cantidades destinadas á obras buenas para pagar al traidor que habia puesto á Jesucristo en sus manos, habian cometido una prevaricacion. Habiéndose pues consultado mutuamente, compraron el campo de un alfarero para sepultar á los extranjeros. (*Math. XXVII. 7.*) Neve infamia; pues sabian que Jesucristo habia nacido entre ellos; y querian considerarle como extranjero... Aún hoy aquel campo se llama *Haceldama*, es decir, campo de sangre. Entonces se cumplió lo que habia dicho el profeta Jeremías: Recibirían treinta monedas de plata, precio del que se puso en venta, segun la apreciacion de los hijos de Israel; y han dado aquellas monedas por el campo de un alfarero. (*Math. XXVII. 8-10.*)

El nombre que se dió á aquel lugar, dice S. Crisóstomo, proclama muy alto la horrible crueldad que desplegaron los judíos en la muerte de Jesucristo. Si hubiesen puesto aquel dinero en el tesoro de las ofrendas, del que lo habian sacado, no hubiera sido tan patente su infamia; pero, al comprar el

(1) Judas in aere crepitit medio, acriarum collega potestatum; utpote quem veri Dei et hominis, qui de Caelo venisset operaturus salutem in medio terre, hujus, inquam, profundum nec Caelum recipere, nec terra sustineret. (*Serm. VIII. in Psal. LXX.*)

(1) Quod in corpore suo fecit (Judas,) hoc factum est in anima ipsius. Quomodo qui sibi collum ligant, inde se occidunt, quia non ad eos intrat spiritus acri hujus; sic illi, qui desperant de indulgentia Dei, ipsa desperatione intus se suffocant, ut eos Spiritus Sanctus visitare non possit. (*Lb. I. Homil. XXVII.*)

campo de un alfarero, y al darle el nombre de *Campo de sangre*, han trasmittido la memoria de su ignominia á todas las razas hasta el fin del mundo. Aquel lugar será siempre el campo de la sangre hasta el último día, y siempre pesará sobre su cabeza criminal la maldición que se atrajeron cuando gritaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos.* (*De Avaritia*).

Jesucristo permitió que el campo pagado con los treinta dineros de Judas sirviese para los extranjeros, porque murió para todos, y su sangre había de ser la salvación de las naciones. Los judíos compraron aquel campo para los extranjeros, y trataron á Jesucristo como extranjero; y en castigo Jesucristo no quiso ya reconocerlos ni tenerlos por pueblo suyo. La sangre del Salvador fué su ruina y su condenación durante el tiempo y la eternidad...

Castigos de los  
judíos deici-  
das.

Ciegos los judíos exclamaron: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos: Sanguis ejus super nos et super filios nostros.* (Math. XXVII. 25).

Y ya hace cerca de dos mil años que la sangre de Jesucristo, derramada por la salvación del mundo, imprime en la frente de los judíos el oprobio y la maldición. Jerusalem ha sido destruída; la nación judaica está sin rey y sin capital; no tiene ya ley, ni templo, ni sacrificios, ni profetas, ni pontífices, ni levitas; sus hijos andan errantes por todo el universo, esclavos de todas las naciones, maldicidos por todos los pueblos y en todos los idiomas; á todas partes y siempre llevan el sello de Cain; inclinan la cabeza bajo la reprobación de Dios y las reprensiones de los hombres; se parecen á un pueblo dislocado, despedazado, cuyos miembros todos están dispersos. Manifiestan á todas las familias de la raza humana y á todos los siglos su deicidio, el castigo que fué su consecuencia y la venganza que Dios tomó por la muerte de su Hijo.

O judíos exclamad: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! Vuestros deseos, inspirados por el furor infernal, se han cumplido...

En el sitio de Jerusalem, los judíos, agobiados por el hambre, se escapaban de una ciudad que había de ser su tumba; y para detenerlos allí y obligarles así á someterse, Tito mandó crucificar más de quinientos cada día; de tal suerte, dice el historiador Josefo, que los romanos llegaron á carecer á la vez de cruces y de espacio para levantarlas. ¿Es posible no reconocer en este hecho un justo castigo de la crucifixión de Jesucristo?

O deicidas, exclamad: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!

¿Qué ha sido de tí, pueblo que en otro tiempo eras el pueblo de Dios, la nación santa, de cuyo seno habían salido los patriarcas y los profetas, la nación que vió tantos milagros y poseyó las tablas de la ley, el arca de la alianza y el templo del verdadero Dios; la nación en la que nacieron María, Jesucristo y los apóstoles? ¿Dónde estás? ¡Mira la enormidad de tu crimen y la expiación que te ha sido impuesta!...

Escucha, desgraciado, lo que David, uno de tus reyes padrido: Que sus ojos se anublen para que no vean; encorvad, Señor, su espada bajo la servidumbre: *Obscurentur oculi eorum, ne videant; et dorsum eorum superincurva.* (LXVIII. 24). Derramad vuestra ira, y aniquilemos el fuego de vuestra cólera; hállese su habitación desierta, y nadie habite bajo sus tiendas: *Effunde super eos iram tuam; et furor ire tue comprehendat eos. Fiat habitatio eorum deserta, et in tabernaculis eorum non sit qui inhabitet.* (LXVIII. 25-26). Porque

han perseguido al que habeis herido, y han aumentado el dolor de mis llagas: *Quoniam, quem tu percussisti, persecuti sunt, et super dolorem vulnenum meorum addiderunt.* (LXVIII. 27). Permitid que amontonen iniquidad sobre iniquidad, y haced que jamás sean justos á vuestros ojos: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, et non intrent in justitiam tuam.* (LXVIII. 28). Sean sus nombres borrados del libro de la vida, y no ocupen ningun lugar entre los de los justos: *Deleantur de libro viventium, et cum justis non scribantur.* (LXVIII. 29).

O deicidas, exclamad: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!

Pueblo endurecido, escucha las palabras de Daniel, uno de tus más grandes profetas: El Cristo se ha condenado á muerte, dice; y el pueblo, que ha de desconocerle no será ya su pueblo. Vendrá un pueblo regido por un jefe guerrero, y destruirá la ciudad y el santuario, y terminará su obra con la devastación, y despues de la guerra se verificará la desolación que ha sido decretada... Cesarán la oblación y el sacrificio; y la abominación de la desolación se hallará en el templo, y perseverará hasta la consumación y el fin. (IX. 26-27).

Escuchad ahora á Oseas, que tambien ocupó un lugar entre los profetas; Los hijos de Israel, dice, estarán largo tiempo sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin Ephod, y sin Theraphines. (III. 4). Mi Dios los rechazará, porque no le han escuchado, y serán dispersados entre las naciones: *Abjiciet eos Deus meus, quia non audierunt eum; et erunt vagi in nationibus.* (Id. IX. 17).

Escuchemos al mismo Salvador: Cuando Jesucristo llegó cerca de Jerusalem, al ver la ciudad, lloró sobre ella diciendo: ¡Ah! si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz; mas ahora están estas cosas encubiertas para tus ojos. Días vendrán contra tí en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán sitio, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada. (LIX. 41-44).

O deicidas, exclamad: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!

Si, dice S. Jerónimo, si, esta imprecación se ha realizado hasta este día, y se realizará hasta el fin. La sangre del Señor estará siempre en su frente. Esta sangre, como dice el Rey profeta, hará pesar sobre ellos un baldon eterno: *Opprobrium sempiternum dedit illis.* (In Daniel).

Continuemos la sangrienta historia de la pasión del Salvador. Aquel gran Dios Flagelado fué atado á una columna para ser azotado. Los azotes eran entre los romanos el castigo de los esclavos. ¡Era pues imponer á Jesucristo una nueva humillación, al propio tiempo que un nuevo castigo: era tratarlo como se trataba á los esclavos, y á los esclavos rebeldes, á El, que es Rey del Cielo y de la tierra! Los verdugos hieren su sagrado cuerpo con cuerdas llenas de nudos, con repetidos golpes y encarnizamiento. La sangre corre por todas partes, y pronto las carnes se desgarran y caen á pedazos. Isaias, que le había contemplado en aquel triste estado, exclama: No tiene brillo ni hermosura; le hemos visto, y estaba desconocido: *Non est species ei, neque decur; et vidimus eum, et non erat aspectus.* (LIII. 2). Le hemos visto despreciado, el último de los hombres, un hombre de dolores que conoce la debilidad. Su rostro estaba